

José Manuel del Pino (2022): *George Ticknor y la fundación del hispanismo en Estados Unidos*, Iberoamericana/Vervuert, Madrid/Frankfurt am Main, 447 pp.

George Ticknor (1791-1871) fue profesor de universidad e hispanista estadounidense, además de historiador, crítico literario y viajero. Principalmente conocido por ser autor de *History of Spanish Literature* (1849), se puede afirmar que sobre los tres volúmenes de esta obra fundamental para la historia de la literatura española en el siglo XIX se sentaron las bases del hispanismo norteamericano de su tiempo. José Manuel del Pino, catedrático de Literatura Española en Dartmouth College, dirige este volumen y confiesa sentirse interesado desde sus inicios en la universidad «por los estudios de literatura española que realizaban en América figuras de prestigio legendario [...], [que] ejercían un magisterio muy sugerente en un joven estudiante que se formaba en las precariedades de una universidad provinciana recién creada» (p. 13). Esa misma inquietud es un espejo del espíritu ambicioso y la sed de conocimiento que el protagonista de este volumen demostró en toda su trayectoria vital y profesional. *George Ticknor y la fundación del hispanismo en Estados Unidos* (2022) presenta en 17 capítulos la apasionante historia de su vida y obra, así como ejemplos de la magnífica huella que dejó en su paso por el mundo del hispanismo «desde la orilla americana» (p. 13).

El año 2020 trajo consigo numerosos cambios y reajustes a nuestras vidas. Entre ellos, también resultó este volumen, que, en realidad, había sido concebido como congreso presencial en Dartmouth College (New Hampshire, EE. UU.) en homenaje, doscientos años más tarde, a la publicación de la *opera magna* de quien vivió sus primeros acercamientos al estudio de lenguas modernas en esta institución. El monográfico, dividido en dos bloques temáticos («Ticknor y su contribución al hispanismo» y «Ticknor y su legado»), no defrauda; profundiza y celebra, como merece la efeméride, la labor pionera de Ticknor. Es decir, la de aquel historiador de literatura española que introdujo un listado de obras periodizadas por primera

vez y consideradas canónicas aún a día de hoy, además de abrir el camino a otros hispanistas en Estados Unidos en un momento en el que la joven democracia americana no prestaba atención al material ni la calidad literaria de un imperio decadente y monárquico como el de la España decimonónica.

El interés de este erudito bostoniano por la historia de España y su literatura surge durante un viaje por Europa en su juventud (como el que acostumbraban a realizar otros jóvenes intelectuales de familias bien posicionadas), unido a una oferta de trabajo extraordinaria que surgió durante su estancia en el extranjero: una llamada desde la Universidad de Harvard para ocupar la primera Cátedra de Lenguas Románicas. Esta oportunidad ofrecía a Ticknor, indudablemente, la excusa perfecta para ampliar su estancia en países europeos de su interés, si bien la parada que más acabó por marcar su vida fue la visita a España en 1818, como ilustra Antonio M. Ezpeleta en el ensayo dedicado a «España, los españoles y Ticknor en sus *Diarios de viaje* (1818)». Antes de esta aventura europea, Ticknor ya contaba con inquietudes bibliófilas y pasión por la educación desde temprana edad, una pasión que compartía de forma activa y fructífera, como explica Rolena Adorno, con Thomas Jefferson (ejemplo del notable círculo del que Ticknor se rodeaba), y que les llevó a ambos a esforzarse por mirar hacia el progreso europeo con admiración y atención buscando elevar la educación superior estadounidense, y a sus ciudadanos, a un prestigio similar. Y es que esta era otra de las misiones de Ticknor, como se desprende de la lectura de los capítulos orientados a su perfil de reformador académico; a saber, implantar reformas en la metodología de enseñanza y aprendizaje universitario. Ticknor influyó en la vida académica con la creación de itinerarios curriculares que favoreciesen la comprensión de la literatura española, la cultura de su lugar de origen y, en definitiva, lo que defendía que era la esencia de ambas: el pueblo español. Lo llevó a cabo, tanto en el impulso del estudio de *lenguas vivas*, como da cuenta Alberto Bruzos en «La visión de los métodos de enseñanza de lengua de George Ticknor en relación con las orientaciones a la enseñanza del español en Estados Unidos», como en el enfoque romántico de su aproximación a la literatura, entendida como producto nacional y, por tanto, esencialmente ligada al espíritu del pueblo y su moralidad. En estas reformas y en toda su carrera resuenan los ecos del trabajo de Bouterwek, historiador de la literatura europea y maestro de cuyas lecciones disfrutó Ticknor en la Universidad de Gotinga, donde se introdujo al ideario alemán y las nociones románticas como el *Volksgeist*. La actitud de Ticknor en el aula y su deseo de transmitir una enseñanza de la cultura hispánica también quedan reflejadas en el capítulo escrito por Richard L. Kagan, «El George Ticknor de Dartmouth y el inicio de la locura española en Estados Unidos». Kagan propone que, si bien el éxito de Ticknor en sus reformas académicas no ocurrió de inmediato, allanó el camino de futuros catedráticos de universidades como Knapp, Rennert o Ford, que tomaron su testigo con una intensa dedicación al hispanismo.

La labor impulsora en el ámbito intelectual no se detuvo en el ámbito universitario para Ticknor, sino que, diez años después de su estancia en Europa, contribuyó a la fundación de la Biblioteca Pública de Boston. A esta magnífica labor, explicada por Alberto Medina en «“This Palace is the People’s Own”: Ticknor, Guastavino y la Biblioteca Pública de Boston», se unieron otros proyectos de carácter intelectual, colaborativo y siempre vertebrados por el deseo de universalizar el conocimiento. Muestra de ello son las relaciones que Ticknor estableció con intelectuales de Hispanoamérica, detalladas a través de su correspondencia en el capítulo de Iván Jaksić, o la mediación con España, reflejada en su relación personal e intelectual con figuras del panorama cultural español. Santiago M. Santtiño, a este respecto, presenta el caso de su amistad con Pascual de Gayangos, que sirvió de apoyo fundamental para la difusión y construcción de *History of Spanish Literature* (1849) y que, recíprocamente, recibió por parte de Ticknor el reconocimiento que no pudo siempre granjearse de su entorno.

Desde la perspectiva de Ticknor, Gayangos pudo personificar la España que lo aceptó y ayudó, abriéndole los secretos de los archivos y bibliotecas más recónditos. [...] Por su parte, para Gayangos, Ticknor pudo representar, desde el primer momento, una élite intelectual internacional que lo admitía y tenía presente, que elogiaba sus contribuciones y permitía la consecución de sus proyectos literarios e institucionales (pp. 233-234).

Si bien en la actualidad no existen numerosos esfuerzos por reconocer las productivas iniciativas y el espíritu renovador en las *belles lettres* de Ticknor, el mayor elogio que pudo recibir de sus coetáneos fue el reconocimiento de que «un extranjero hubiese conseguido completar un trabajo de esa naturaleza y alcance» (p. 43), incluso antes que otros eruditos hispanohablantes del momento. *History of Spanish Literature* es una obra que, a pesar de tener ciertas lagunas metodológicas y, en realidad, no tanta riqueza documental como presume de consultar su autor, sigue dos grandes premisas románticas: la primera, que la literatura española es nacional y orgánica, emana del suelo propio del país, «y no [es] tanto una construcción cultural» (p. 43), y la segunda, que solo una literatura de tan alta moralidad como la española es capaz de sobrevivir al depauperado estado en que se encuentra el país. En cierto modo, como se defiende en este trabajo en numerosas ocasiones, Ticknor escribe sobre la gloria y la pérdida de valores en España para advertir de forma didáctica a los futuros lectores estadounidenses.

Esta idea de estar realizando una historia literaria española como modelo para la historia literaria de Estados Unidos (aún en ciernes a mediados del siglo XIX) resulta especialmente productiva para entender mejor el alcance de la obra de Ticknor y de los otros grandes hispanistas americanos de la época, como Irving, Prescott, Longfellow y Lowell, entre otros (p. 46).

El ejemplo de Ticknor, por tanto, sirvió de inspiración para otros entusiastas de lo hispánico. Este libro recoge capítulos más extensos con ejemplos de diferentes épocas, como la de W. H. Prescott, que en el XIX compartía la misma impresión e interés lúcido y racional por la historia de España. Jorge Quintana, en este caso, dedica un trabajo de revisión sobre la historia mitificada de la conquista de México y la importancia de la aportación de Prescott: «Prescott constituyó un paso fundamental para consolidar el hispanismo en este país como un campo académico que merece un estudio comparable al de otras lenguas europeas por su importancia histórica y presente» (p. 322). También se dedica un capítulo a la figura de A. M. Huntington, conocido coleccionista de arte español y fundador de la Sociedad Hispánica de América a principios del siglo XX, que escribe Patricia Fernández Lorenzo estableciendo paralelismos con Ticknor, considerándolos a ambos padres del hispanismo estadounidense cuyo motor de actividad profesional siempre fue la cultura. Perteneciente a la segunda mitad del siglo XX, Katherine Lee Bates también cuenta con su propio espacio en este volumen, que Carlos Ramos dedica a la biografía y relación de la poeta con España por su compromiso con la educación y su concordancia con la impresión que tuvo Ticknor de que, en este país, «el desgobierno, las carencias educativas y el poder de la Iglesia Católica sobre el reino» (p. 380) eran los principales obstáculos de la modernidad.

Además de trayectorias vitales y profesionales, este volumen interesa por la variedad de miradas que se dirigen a Ticknor, su época y su obra. Por ejemplo, desde la disciplina de la traducción, la contribución de Marta Mateo explora los niveles textuales y metatextuales del mecanismo traductológico de Ticknor en *History of Spanish Literature*. Toda la erudición y disciplina del crítico literario se reflejan en su forma de ser selectivo, meticuloso y, en opinión de la autora, transparente con el lector en la selección de textos y anotaciones de los mismos, no cayendo en dogmatismos ni actitud categórica, sino didáctica. Otro punto de vista desde el que se estudia la obra de Ticknor es la historiografía literaria y, en concreto, la lectura de las ideas literarias del bostoniano que dejan entrever sus obras. Por ejemplo, Bruce E. Graver profundiza en la construcción del canon literario que Ticknor fue diseñando en su escritura de la historia literaria española; Isabel Lozano-Renieblas aporta a este enfoque el ejemplo de la contribución de Ticknor a la consolidación del canon cervantino en el siglo XIX, momento decisivo y de transición para la consideración del *Quijote* y de Cervantes; Antonio Arraiza diserta sobre las implicaciones de la omisión de una categoría trágica en el análisis del teatro áureo español que aparece en *History of Spanish Literature*, mientras que Taylor C. Leigh ofrece un análisis de la génesis de ideas literarias del hispanista mediante un recorrido explicativo por sus viajes, diarios personales, obras y el *Syllabus of a Course of Lectures on the History and Criticism of Spanish Literature* (1823), así como una evaluación de las épocas literarias que el autor estadounidense trató de establecer para una tentativa periodización de la literatura española.

En cada capítulo logramos percibir el espíritu inquieto, insatisfecho y metódico de quien llegó a Europa como «un enérgico y ambicioso joven americano comenzando a forjar un camino para incorporar los logros académicos de sus maestros europeos y explorar los medios por los cuales sobrepasarlos y mejorarlos» (p. 246), como lo describe Bruce E. Graver. Ya profesor, sabemos que cumplió con su proyecto con creces gracias a su aportación principal:

[E]l establecimiento de un programa racional de estudio de la literatura española (también francesa) diseñado para los estudiantes de su universidad, siguiendo para ello los avances disciplinares en el terreno de la filología e historiografía literaria de las universidades más avanzadas en los comienzos del siglo XIX, en concreto, la universidad alemana de Gotinga, a donde el joven Ticknor acudió a formarse entre los años 1815 y 1818 (p. 12).

A pesar de los obstáculos que en su propio círculo académico le impidieron implantar las reformas que creía necesarias, fue capaz de crear escuela, una escuela de hispanismo con la que estamos en deuda desde la filología, la traductología, los estudios culturales y la historia de las relaciones intelectuales entre países hispanohablantes y Estados Unidos. En definitiva, y como ya se expresó durante su presentación en la Real Academia de Antequera en julio de 2023, *George Ticknor y la fundación del hispanismo en Estados Unidos* (2022) es un merecido homenaje al intelectual del siglo XIX que fue capaz de concentrar su esfuerzo profesional y su posición social en la alta sociedad bostoniana en una misión por dar a conocer la historia, cultura y literatura españolas a un público más nutrido, otorgando prestigio a un tema que no estaba recibiendo atención en el periodo romántico por parte de los historiadores.

Soledad Guerrero González